

Notas para una indagación del problema racial en Cuba

Leonardo Calvo Cárdenas
Político y Periodista
La Habana, Cuba

No es difícil escuchar en Cuba un “halago” de suma connotación racista, el cual expresa que una persona de raza negra se comporta como blanco. Pero más triste y lamentable que la formulación misma es descubrir que muchos “halagados” aceptan tranquilos, y a veces hasta complacidos, el denigrante piropro. Estoy convencido de que en la inmensa mayoría de las ocasiones no hay mala fe en el que lanza la lisonja ni en el que la recibe. Probablemente dicha situación, por desgracia tantas veces repetida, refleja una subyacente laguna cultural. Ésta consiste en asumir con toda naturalidad —tanto negros como blancos— que lo ideal y perfecto es ser o comportarse como “los blancos”, amén de identificar las proyecciones y comportamientos de los negros como lo socialmente incorrecto o reprochable.

La esencia, profundidad y alcance de los problemas relacionados con la diversidad racial en Cuba han motivado permanente inquietud en el ámbito político, social e inte-

lectual en todas las épocas. En la actualidad el asunto se hace particular y complejo en tanto no hay en el país una polarización o desencuentro étnico-racial generalizado que signifique fractura o caos social inmediato, ni existe una estructuración jurídico-legal para la discriminación racial. Sin embargo, evidentemente el problema es real, y su satisfactoria solución influirá de forma determinante en el destino futuro de la nación.

Hace unos pocos años un pequeño grupo de intelectuales cubanos adelantamos un audaz pero convencido criterio. Hasta que el segmento negro de la población cubana, tan importante demográfica y culturalmente hablando, no fuera y se sintiera plenamente integrado en todos los espacios, niveles y estructuras que definen los valores, los derechos y los poderes en Cuba; hasta que en Cuba no se muestre una natural y equilibrada paridad racial en las imágenes simbólicas y los estatus reales, no podremos hablar de una nación completa en la más esencial connotación del término.



El problema racial en Cuba, su carácter complejo y sui géneris, tiene profundas raíces históricas y culturales, y ha sido agravado por la actitud inconsecuente de los que han ejercido el poder, independientemente de su definición o alineación política. También lo ha agudizado la consuetudinaria desubicación o inconsecuencia de los negros cubanos como grupo social, su incapacidad para procurar su inserción desde una perspectiva de identidad y dignidad reconocidas, primero, por sí mismos. Lo ha agudizado su incapacidad para alejarse de ese negativo y consustancial complejo de inferioridad que los lleva a querer comportarse “como blancos”, a proyectar el contraproducente “racismo al revés” o a verse como inermes e incondicionales “beneficiados por la revolución”.

Un ejemplo ilustrativo de esta sicología es el hecho tan frecuente de que a los negros que se atreven a oponerse públicamente al gobierno cubano se les impugna, primero que todo, por hacerlo siendo negros. Como si los modernos evangelizadores revoluciona-

rios nos hubieran “liberado” para ser por siempre incondicionales, y que nuestras almas vayan al cielo por haberlo sido.

La burguesía —entiéndase los blancos— en cualquier lugar, para trascender el colonialismo o el feudalismo, arriesga su patrimonio y su vida, consciente de que con la transformación estructural se afirmarán sus espacios, valores y poderes como clase. Esa convicción de clase, junto a las tradiciones, formación, bagaje cultural, sentido de la propiedad y los intereses, relaciones y potencialidades internas, determinan su gran capacidad de reinserción y reciclaje social, político y económico, aun cuando hayan sufrido los embates o las consecuencias de catástrofes económicas, políticas o naturales. La conciencia de la propiedad y del estatus determina la búsqueda por cualquier vía de los espacios y las preponderancias. Pero para los negros, desde la esclavitud, Cuba significó la expropiación y el desarraigo de su tierra. La propiedad fue el origen de su sufrimiento, amén de que se acostumbraron a que los espacios legales y jurídicos —base de la propiedad— eran el fundamento de la exclusión y la represión que sufrían.

El instinto natural, primigenio y sostenido de los negros y sus descendientes, es escaparse, burlar, enajenarse de esos cánones y estructuras que identificaron como opresores, represivos y desconocedores de sus valores y costumbres. Esto se manifiesta desde la visión con que enfocan el sincretismo religioso hasta esa especie de “neocimarronaje” revestido de marginación y mentalidad de gueto con que asumen su inserción en la sociedad una vez rotas las cadenas de la esclavitud.

Mas allá de lo reflejado crípticamente en las leyes, el negro es rechazado, apartado y excluido por aquellos que detentan el poder real, herederos directos y legítimos de los que



lo arrancaron de su tierra y lo convirtieron en siervo e inferior, a lo sumo receptor de la compasión y la caridad de los elegidos. Superada la esclavitud y el coloniaje, los negros son cubanos y ciudadanos o, en el momento preciso, compañeros revolucionarios, pero siempre inferiores y excluibles.

Dentro de la revolución son receptores y deudores de las dádivas de los líderes, también blancos, herederos de quienes colonizaron y esclavizaron al negro. Dentro de la revolución se reproduce la práctica tradicional del negro como útil sujeto de la movilización política o militar, pero siempre excluido de la construcción social, política e institucional. Esto se agrava por el hecho conocido de que la revolución liquida las dos únicas vías de solución al conflicto: el asociacionismo que se servía de los espacios cívicos existentes en la República, y el debate público sobre el tema. Por “principio y voluntad política”, y desde arriba, se acabó la discriminación. Ya no se habla más del asunto si no es para recordar lo malo de antes o lo bueno de ahora. Ya no son necesarias instituciones independientes, porque ya somos iguales y eso puede tener una connotación racista.

Los españoles nos evangelizaron y civilizaron con su Dios y sus vestidos. Debíamos estar eternamente agradecidos. La revolu-

ción nos “emancipó” con su igualitarismo corporativo y ya no hay más que hablar sobre el asunto. A propósito o ingenuamente, el liderazgo revolucionario perdió de vista la importancia de los fundamentos psicológicos y sociológicos de cualquier evolución social o proyección personal.

El hecho de que el ejército cubano tenga, proporcionalmente, más generales de origen chino que de origen negro. La inexplicable orientación a los guías de turismo de asegurar a sus clientes que la población de la Isla está compuesta por un 80% de blancos. La actitud de la jerarquía eclesiástica católica —también étnica y socialmente heredera de los colonialistas-esclavistas— al excluir a los representantes de las religiones de origen africano de los encuentros ecuménicos y protocolares con su santidad Juan Pablo II. Todo ello constituye una manifestación inequívoca, inaceptable, del lugar reservado al segmento negro de la sociedad cubana por aquellos que detentan los poderes fácticos.

Esa tradición de desapego y rechazo a lo establecido, estructurado y oficial, fue estableciendo la provisionalidad y corto alcance social de los negros y sus descendientes en Cuba. Esto a diferencia de emigrantes de muchos rincones del mundo que, llegados a la Isla en más o menos las mismas condiciones, demostraron capacidad de inserción y alcance económico y cultural.

En las últimas décadas se ha producido un claro proceso de mestizaje de la sociedad cubana. Proceso que se manifiesta en fenómenos como el aumento del acceso de los negros a la formación profesional, académica y cultural, en el visible incremento de las parejas mixtas —no es difícil ver a personas asumidas como blancas padeciendo de ciclemia, patología hematológica genéticamente reservada a las personas de raza negra—, en el considerable aumento del número de personas de la

raza blanca adscriptas a religiones mayoritariamente profesadas por negros y viceversa, o en el aumento en la participación de personas blancas en delitos tradicionalmente achacados a los negros.

Sin embargo, esta realidad no se refleja en las estructuras económicas y políticas, ni en los medios y espacios de difusión cultural cubanos. A pesar de haber muchos negros capacitados profesional y científicamente, los puestos de dirección y los empleos que propician un acceso mayor y más directo al bienestar y la prosperidad están mayoritariamente reservados a los blancos. De hecho, agobia el comentario de los visitantes extranjeros que

han logrado una formación adecuada puedan alcanzar el empleo o la investidura que su talento y esfuerzo merecen.

Muchas veces se ha justificado la marginación de los negros en algunos sectores con el argumento de que “ellos se desenvuelven más en el terreno cultural y deportivo”, pero el caso es que tampoco allí hemos corrido mejor suerte. Tanto la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) como el Instituto Nacional de Deportes, Educación Física y Recreación (INDER) han esperado durante décadas por el ascenso de un no blanco a sus máximas investiduras. Cabe preguntarse, después del deceso del presidente histórico de



aseguran ver en las calles tantas personas blancas como negras, y en los despachos y espacios protocolares sólo blancos. El problema en Cuba no es que los negros segregados carezcan de acceso al conocimiento y la preparación profesional, es que ciertos mecanismos operan para impedir que aquellos que

la UNEAC, Nicolás Guillén, qué impide que el destacado compositor José Loyola, ejemplo de fidelidad política al régimen y por muchos años artífice del funcionamiento de la entidad, acceda a la presidencia de la misma. O por qué el gobierno cubano ha preferido como presidentes del organismo rector

del deporte a cuadros políticos de segunda línea sin aureola o experiencia deportiva, en lugar de a figuras tan reconocidas como, por ejemplo, Alberto Juantorena —en su tiempo bicampeón olímpico y recordista mundial— o Roberto León Richard, gimnasta de clase mundial, premiado con la orden olímpica al mérito deportivo, licenciado en Cultura Física y Sicolología y por muchos años colaborador directo del jefe del Estado.



Otro tanto sucede con los medios de difusión —importantes en el reflejo de la realidad tanto como en la promoción de valores humanos y culturales—, que están muy lejos de expresar la diversidad e integración étnico-racial de la nación cubana. Una persona conocida ha comentado el asunto asegurando que antes la televisión era en blanco y negro, mientras que ahora es en blanco nada más. No pretendo extenderme a este nivel en ejemplos bien conocidos y palpables de las carencias, lagunas y omisiones que la televisión, el cine y el Ballet Nacional de Cuba han padecido por décadas. Sólo voy a recordar el interminable y desoído clamor —a veces sordo, a veces desesperado— de los actores y

bailarines negros por esa congénita falta de oportunidades y reconocimientos. El asunto se agrava en tanto esos espacios culturales están totalmente controlados y dirigidos por el Estado, responsable máximo de garantizar y reflejar los equilibrios e igualdades que tanto preconiza.

Como sucedió en otros ámbitos, en la década de los noventa la realidad económica de los negros cubanos también se complicó.

Todos los elementos que gracias al nuevo reordenamiento socio-económico del que dependía la “sobrevivencia de la revolución” condicionaban la sobrevivencia personal, el bienestar o la prosperidad¹, fueron una vez más ajenos a los negros. Una vez más los avatares de la historia —esta vez la historia de la revolución liberadora— excluyen y marginan a los negros. Una vez más el delito y la prostitución han sido la tabla de “salvación” de los negros cubanos en estos años duros de nombre amable: “Período Especial en Tiempo de Paz”.

La solución del problema racial en Cuba se hace, en mi opinión, mucho más difícil en tanto no creo pertinente la puesta en prácti-

ca de metodologías como la de la acción afirmativa, destinada a dar espacios y preferencias a las minorías históricamente marginadas en el ánimo, las estructuras y las instituciones de la sociedad, como ocurre con los negros en Estados Unidos. O como ha ocurrido con sectores que, aunque numéricamente amplios, han sido relegados o segregados hasta casi constituir naciones aparte en el marco de un territorio o Estado (pueblos indígenas en América y kurdos en el Cercano Oriente).

Creo que es necesario y posible que en Cuba las imágenes, los símbolos y las estructuras reflejen de manera natural, equilibrada y consecuente, esa riqueza de diversidad y mestizaje que constituye la nación cubana. Es necesario y posible que los negros cubanos tengan voz propia y auténtica, más la posibilidad de hacer valer en cada rincón de nuestro cuerpo social no sólo las potencialidades, sino las capacidades que su talento y esfuerzos le han otorgado. Muy poco ayudan a ello esa “Asociación Yoruba de Cuba” dirigida, sin discreción alguna, desde la oficina de Asuntos Religiosos del Comité Central del Partido Comunista, o ese absurdo “Buró Abakua” público y corporativo.

Hasta ahora, las autoridades cubanas sólo han incidido en el tema basándose en omisiones y manipulaciones contraproducentes. Como no parecen capacitadas para hacer nada mejor, el principal aporte que podrían brindar al enfrentamiento y solución del problema —que constituye, a mediano plazo, un peligro de fractura social tal vez mayor de lo que todavía podemos calcular— es reconocer que existe, y propiciar la apertura de un debate extenso y profundo. Un debate en el cual, sin prejuicios ni condicionamientos, podamos definir qué carencias y avances hubo en el pasado, qué logros y retrocesos nos muestra el presente y, sobre todo, qué

debemos hacer para construir ese futuro de diversidad positiva y convivencia armónica que los hijos de esta tierra deseamos y merecemos. Si los gobernantes cubanos tuvieran el valor personal y político de reconocer que la fórmula de “antes todo malo, ahora todo perfecto” es fatal e insostenible, estaríamos dando el primer paso hacia el completamiento y la salvación de la nación.

Otro elemento trascendental es la responsabilidad de los profesionales e intelectuales negros y mestizos, siempre preocupados y dolidos por las esencias, manifestaciones e impactos del problema racial en Cuba. Ellos deben decidirse a sacar sus inquietudes de los estrechos cenáculos familiares, alimentando con sus criterios y proyecciones el debate y las soluciones que determinarán el destino futuro de sus descendientes.

Hace más de veinte años mi querida profesora de Historia de África aseguraba que en Sudáfrica no había solución posible. Despreciaba demasiado la capacidad del ser humano de declinar sus prejuicios y miserias a favor de valores e intereses de mayor trascendencia y alcance. Nunca terminaremos de agradecer a los sudafricanos —negros y blancos— por esa lección invaluable de que es tan importante reconocer que el “otro” existe, merece respeto y tiene derecho a ser escuchado aun antes de ser amado. No cabe duda de que Cuba es una nación plural y mestiza. De todos depende que un día podamos ser también modelo de integración, equilibrio y justicia.

NOTA

1- A saber: la propiedad —de las casas confortables, los automóviles o las tierras de cultivo—, el acceso a la economía dolarizada o las remesas de familiares asentados en el exterior (sólo alrededor del 4% de la emigración cubana es de raza negra).